

dolas de buena gana, aliviaremos mucho trabajo.

Otras mortificaciones hay que las tenemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, á diferencia de las pasadas, que llaman pasivas, porque las tenemos de padecer, aunque no queramos, que son necesarias; y así han de ser también de las primeras: y de estas, unas hay que son necesarias para que cualquier cristiano sea bueno y se salve; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los mandamientos de Dios. Otras son necesarias para que uno sea buen religioso y alcance la perfección; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas, y el hacer las cosas bien hechas y con perfección; porque cosa cierta es, que no solo todos los pecados, como dijimos arriba, *cap. 11*, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificación; porque todas son, ó por huir y no padecer algún trabajo que sentimos en hacer lo bueno y lo mejor, ó por no abstenernos de algún gusto y deleite que recibimos en lo malo ó imperfecto que hacemos. Vamos discurrendo por todas ellas, y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, ó en la templanza, ó en el silencio, ó en la modestia, ó en la paciencia, ó en cualquier

otra cosa, todo es por falta de mortificación, ó por no padecer el trabajo que está anejo á aquello, ó por no abstenernos del gusto y deleite que recibimos en lo contrario. De manera que si queréis ser buen religioso y alcanzar la perfección, es necesario que os mortifiquéis en estas cosas. Así como para ser uno buen cristiano y salvarse es menester que se mortifique en todo aquello que apeetece contra la ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor, *Matth. xvi, v. 24*: El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo; y si no se niega y mortifica en eso, no será buen cristiano, ni se salvará: así para ser buen religioso y alcanzar la perfección es menester que os mortifiquéis en todo lo que os fuere impedimento para ello: pues discurrid por todas las obras del día, desde la mañana hasta la noche, y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas, y el hacer las cosas ordinarias que hacéis bien hechas y con perfección, y acometed aquel trabajo, y mortificaos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mal ó imperfectamente, y de esa manera cada día serán las obras mejores y más perfectas, y vos también seréis mejor y más perfecto: todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto.

Preguntó uno una vez: ¿qué es la causa que por una parte me da Dios buenos deseos de la virtud, y por

otra, cuando se ofrece la ocasión, me hallo flaco y caigo en muchas faltas, y nunca acabo de arribar á la perfección? Decían unos y otros: eso nace de falta de consideración: si consideráseis esto y esto, os ayudaría: y dábanle muchas consideraciones, y no le aprovechaba nada. Llegó á un viejo muy experimentado, el cual le respondió: No nace eso de falta de consideración, sino de falta de resolución. Esa es la causa de no aprovechar: acabaos vos de resolver en mortificaros en lo que tenemos dicho, y de esa manera alcanzaréis la perfección.

CAPÍTULO XIII.

Como nos tenemos de mortificar en las cosas lícitas y también en las cosas necesarias.

No parece que había más que decir acerca de la práctica y ejercicio de la mortificación, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque esto bastará para ser buenos y perfectos religiosos; pero para que mejor hagamos esas, y estemos más prontos y dispuestos para ellas, ponen los Santos y maestros de la vida espiritual otro ejercicio de mortificación en cosas que podíamos hacer lícitamente: así como el buen cristiano no se contenta con hacer las cosas de obligación que son necesarias para salvarse, sino añade otras de devoción, que llaman los teólogos obras de supererogación, por-

que no se contenta con oír misa los días de precepto, sino óyela también entre semana, y reza el Rosario de Nuestra Señora, y confiesa y comulga á menudo: así el buen religioso no se ha de contentar con guardar sus reglas, y mortificarse en lo que es necesario para el cumplimiento de ellas, sino ha de procurar hacer otras mortificaciones de supererogación, á que no le obligan sus reglas, mortificándose en algunas cosas no necesarias, sino que lícitamente las pudiera hacer.

San Doroteo (1) dice, que no hay cosa que así ayude para aprovechar en virtud, y alcanzar paz y tranquilidad, como quebrantar uno su voluntad; y enseña el modo que tenemos de tener en mortificarnos en estas cosas que pudiéramos hacer lícitamente. ¿Vais por una parte, viéneos gana de volver la cabeza y mirar acullá? no mireis. ¿Estais hablando con otros, ofréceseos una cosa que viene muy á propósito, os parece que os tendrán por discreto y avisado? no la digais: *Suadet tibi cogitatio tua, adi cocum, et interroga quid parat absonii, non obtemperes*. Ejemplos son que pone el mismo Santo, que tan en particular descien- de como esto: ¿Viéneos gana de saber qué tenemos para comer? no lo queráis saber: *Cernit fortasse quidpiam, suadet illi cogitatio, ut interroget quisnam illud*

(1) S. Doroth. serm. 1 de obediencia, et negat. propr. volunt.

attulerit, non interroget: ¿Veis alguna cosa de nuevo en casa, viéneos gana de saber quién envió aquello, ó quién lo trajo, si es comprado, ó si es dado? no lo preguntéis. En viniendo el huésped, luego os viene gana de preguntar ¿quién vino? ¿de dónde viene? ¿á dónde va? ¿á qué? No lo sepais, mortificaos en eso.

Este ejercicio, dice san Dorotheo, que ayuda grandemente para criar hábito de negar nuestra voluntad; porque si nos acostumbremos á quebrantarla en estas cosas pequeñas, en breve vendrémos á no tener propia voluntad en las mayores. Así como los que se crían para la guerra, ejercitan en tiempo de paz lo que han de hacer en tiempo de guerra, ensayándose en unas justas y zuizas, que entonces son juegos; pero es necesario aquello para que estén diestros y acostumbrados para cuando vengan las veras: así el religioso se ha de acostumbrar á mortificar y quebrantar su voluntad en las cosas lícitas, para que así esté despues diestro y bien acostumbrado para mortificarse en las ilícitas. San Buenaventura (1) enseña tambien este ejercicio de mortificarnos en cosas pequeñas, y que de suyo son lícitas, y las podíamos hacer; y pone ejemplo en coger una flor, ó no cogerla, cuando vais por la huerta; porque aunque el cogerla no sea culpa, pero el dejarla de coger por mortificaros es mas gra-

(1) Bonav. et Ludov. Blosius, cap. 2 Monil. spirit.

to á Dios; y así dice que el siervo de Dios ha de decir muchas veces en su corazón: Por vuestro amor, Señor, ni quiero ver esto, ni oír lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar ahora esta manera de recreacion. De nuestro Padre san Francisco de Borja se cuenta, l. 1, c. 5, de su vida, que siendo duque, era muy aficionado á la caza de cetrería, y que gustaba mucho de ella, é iba á volar una garza, y al mejor tiempo, al punto que el halcón hacia su presa y la mataba, bajaba él sus ojos, y les quitaba tambien la presa, privándose de aquel contento y recreacion que con tanto trabajo habia buscado todo el dia. Dice san Gregorio, lib. 4 Dialog. c. 11, que es propio de los siervos de Dios privarse de las cosas lícitas, por estar muy léjos de las ilícitas.

Por esto aquellos santos Padres del yermo estimaban tanto este ejercicio, y criaban con él á sus discípulos, quitándoles lo que ellos querian, y haciéndoles obrar lo que no querian, en cosas pequeñas, y que las pudieran hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, para que en todo negasen su voluntad, y estuviesen hechos á las armas para cosas mayores. Y del que en estas mortificaciones ligeras y fáciles aprovechaba bien, tenían buenas esperanzas que llegaría á la perfeccion; y del otro sentian mal, porque les parecia que una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere, aunque sea en

cosas pequeñas y de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse despues en las mayores: y de ahí tomó la Compañía el ejercicio que usa, especialmente á los principios, con los novicios, ocupándolos en ejercicios y oficios diferentes, y haciéndoles dejar lo que han comenzado, y deshacer lo que han hecho, y volverlo hacer, para que no se crien voluntariosos y apetitosos, sino que desde el principio se acostumbren á negar su voluntad y juicio propio.

Mas adelante pasan los Santos en este ejercicio de mortificacion. No se contentan con que nos acostumbremos á negar nuestra voluntad en las cosas lícitas, que pudiéramos hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, sino que aun en las mismas cosas á que tenemos obligacion de acudir, nos aconsejan que nos acostumbremos á mortificar y negar nuestra voluntad. Pero dirá alguno: ¿cómo puede ser eso? ¿Habemos de dejar de hacer aquello que tenemos obligacion por mortificarnos? Digo que no, en ninguna manera, porque eso seria mal hecho: *Non sunt faciendá mala, ut veniant bona*. Ad Rom. III, v. 8. No es lícito hacer mal para que venga algun bien. Pues ¿cómo ha de ser eso? Hallaron los Santos para esto una traza maravillosa, y es doctrina del apóstol san Pablo: Advertid, dice, y tened cuenta que ninguna cosa hagais, ni penséis ni habéis, que vaya guiada por cumplir vuestra voluntad ó

apetito, sino antes que comais, habeis de mortificar el apetito de la gula, y no habeis de comer porque vos gustais de ello y lo quereis, sino porque es obediencia de Dios, que quiere y manda que comais para sustentar la vida, como lo hacia el abad Isidoro, del cual refiere Paladio, in historia Lausiaca, lection. 1, que lloraba cuando iba á comer, é iba por obedecer. Antes que estudiéis, habeis de mortificar el apetito de estudiar, y despues estudiad, porque Dios lo quiere y os lo manda, y no por vuestra voluntad y gusto: antes que prediqueis, ó leais la cátedra, mortificad el apetito é inclinacion que teneis á eso, y no lo hagais por vuestro gusto y aficion, sino porque os lo mandan, y es voluntad de Dios. Y de la misma manera en todas las demás cosas habeis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo quiere; porque no es razon que ellas nos lleven cautivos hácia sí, sino que nosotros las traigamos á ellas á nos y á Dios, haciéndolas puramente por él: esto es lo que dice el Apóstol: *Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite*. I ad Cor. x, v. 31. Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.

Este es un punto muy principal, y muy espiritual, l p. t. 3, c. 8: no habemos de hacer las obras ni el oficio que hacemos por el gusto é inclinacion que tenemos á ello, si-

no puramente por Dios; porque él así lo quiere y nos lo manda, acostumbrándonos á hacer en todas ellas no nuestra voluntad, sino la de Dios, y á holgarnos en ellas, no porque las cosas son de suyo apetecibles, ni porque nosotros gustamos de ellas, y son conforme á nuestra inclinacion, sino porque estamos haciendo en ellas la voluntad de Dios. El que anduviere de esta manera, no solamente se acostumbrará á mortificar y negar su voluntad, sino á estar haciendo la voluntad de Dios en todas las cosas, que es un ejercicio muy alto de amor de Dios, y de gran provecho y perfeccion, como dijimos en otra parte.

Harto campo habemos descubier- to para este ejercicio; y así el que quisiere traer exámen particular de mortificar y negar su voluntad (que será muy provechoso) ha de ir poco á poco por los grados y escalones que habemos dicho en estos dos capítulos. Lo primero, podemos traer exámen particular de mortificarnos en las cosas que ellas mismas se ofrecen, sin nosotros buscarlas, en que hay harto que hacer por algunos dias, y aun por muchos, especialmente si habemos de llegar á llevarlas, no solo con paciencia, sino con gozo y alegría, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion, como despues diremos. Lo segundo, de mortificar nuestra voluntad en lo que nos estorba é impide el hacer bien las cosas que necesaria-

mente habemos de hacer para ser buenos religiosos, y guardar nuestras reglas, y proceder con edificacion, que son innumerables. Lo tercero, de mortificarnos en algunas cosas que lícitamente pudiéramos hacer, para de esa manera irnos habituando y acostumbrando á negar nuestra voluntad, y estar mas prontos y dispuestos para cuando se ofrezcan otras mayores, proponiendo de mortificarnos en estas cosas tantas veces á la mañana, y tantas á la tarde, comenzando al principio con menos, y despues añadiendo mas, conforme ó como fuere cada uno aprovechando; y mientras mas veces se mortificare uno, será mejor, aunque se le acaben todas las cuentas del rosario, como habemos conocido á algunos en la Compañía, que las pasaban todas mortificándose cada dia tantas veces, y se les parecia bien en su aprovechamiento. Lo cuarto, en las mismas cosas que tenemos obligacion de hacer podemos traer este exámen, procurando hacerlas, no porque nosotros las queremos y gustamos de ellas, sino porque es aquella la voluntad de Dios, que es un ejercicio que puede durar toda la vida, por ser de grande perfeccion: á lo cual añado, que este exámen por estos mismos puntos se puede traer por via de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas como venidas de su mano, y que nos las envia con entrañas de padre para nuestro mayor bien y

provecho, haciendo cuenta que el mismo Cristo nos está diciendo: Hijo, yo quiero que ahora hagas ó padezcas esto; porque de esta manera será mas fácil y suave, y mas provechoso y eficaz, y de mas perfeccion: porque será ejercicio de amor de Dios, el cual todas las cosas hace fáciles y suaves. Aquella razon: esto es voluntad de Dios, Dios quiere y gusta ahora de esto, convence y concluye, y ata de piés y manos.

De nuestro Padre san Francisco de Borja leemos, lib. 1, c. 15 de su vida, que una vez partió tarde de Valladolid á Simancas, donde estaba la casa de probacion, nevaba mucho, y hacia un viento muy frio y riguroso, y vino á llegar muy de noche y á tiempo que ya estaban reposando los novicios. Estuvo un gran rato llamando á la puerta, cayendo copos de nieve sobre él; y como era el primer sueño, y la puerta estaba léjos de la habitacion, no habia quien respondiese: á cabo de grande rato le oyeron, y le abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto á su Padre, y verle traspasado y tiritando de frio. Díjoles entonces el santo Padre con muy buena gracia y alegre semblante: No tengais pena, hermanos míos, que yo os certifico que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando; porque estaba pensando que el Señor era el que tiraba los copos de nieve, y enviaba los

aires helados sobre mí, y que todo lo que obra lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debia yo regocijarme, considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo que él tenia en esta obra, pues se despedaza un leon ú otro animal bruto delante de un gran príncipe por solo darle contento. De esta manera habemos de tomar nosotros todas las ocasiones de mortificacion, y ese ha de ser nuestro gusto y contento en ellas, y el gusto y contento de Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO XIV.

Que principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros, y nos hace caer en mayores faltas.

En el libro primero de los Reyes cuenta la sagrada Escritura que mandó Dios á Saul por el profeta Samuel que destruyese á Amalec á hecho, que no dejase piante ni mamante, como dicen, grande ni pequeño, ni de los hombres, ni de los animales y ganados. Y dice la divina Escritura: *Et pepercit Saul, et populus, Agag, et optimis gregibus ovium, et armentorum, et vestibus, et arietibus, et universis quæ pulchra erant, nec voluerunt disperdere ea.* I Reg. xv, v. 9. Perdonó Saul y el pueblo al rey Agag, y á lo mas grueso del ganado mayor y menor, y á

todo lo que era precioso y de valor: *Quidquid vero vile fuit, et reprobum, hoc demoliti sunt*: Y todo lo vil y desechado, y que no valia nada, eso destruyeron. Así hay algunos que se mortifican en cosas pequeñas y livianas; pero en las cosas mayores, que importan y les hacen mas al caso, perdónanse y quédanse muy vivos y muy enteros. Pues para aviso de estos, digo que lo principal en que tenemos de poner los ojos para mortificarlo y ofrecerlo á Dios ha de ser lo mas precioso. Va luego Samuel, y repréndele muy ásperamente de parte de Dios por lo que habia hecho, y hace que le traigan delante á Agag rey de Amalec: *Et oblatus est ei Agag pinguisissimus, et tremens, et in frustra concidit eum Samuel coram Domino in Galgalis*. I Reg. xv, v. 32. Hizo sacrificio de él á Dios. Pues eso ha de ser lo principal que habeis de sacrificar y ofrecer á Dios con la mortificación; ese Agag de vuestra hinchazon y soberbia, eso que reina mas en vos, esa impaciencia, esa condicion áspera y mala que tenéis, ese deseo y apetito de ser tenido y estimado.

Hay algunos que todo su cuidado y toda su santidad y perfeccion parece que ponen en esto exterior, que se parece de fuera en traer una modestia y composicion muy edificativa, y que exteriormente no se les eche de ver falta ninguna; y con la mortificacion interior, que es la mas preciosa y su-

bida, no tienen cuenta ninguna, sino que se están muy vivos y enteros en su propia voluntad y juicio, y en su honra y estimacion; á los cuales podríamos decir en su modo lo que dijo Cristo á los escribas y fariseos: *Væ vobis Scribæ, et Pharisei hypocrite, quia mundatis quod de foris est calicis, et paropsidis, intus autem pleni estis rapina, et immunditia!* Matth. xxiii, v. 25. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que tenéis mucha cuenta con la limpieza exterior de los platos y vasos en que comeis y bebeis, y dentro estais llenos de inmundicia, de hurtos y de rapiñas! *Pharisee cæce, munda prius, quod intus est calicis, et paropsidis, ut fiat id quod de foris est, mundum*: Limpiad y mortificad primero lo interior, para que lo exterior sea puro y limpio; porque esa modestia exterior, si no nace de allá dentro de la paz y madurez interior del corazón, todo será hipocresía y fingimiento. No seáis, dice Cristo nuestro Redentor, como los sepulcros blanqueados, que parecen por defuera muy hermosos, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Y en el mismo capítulo, aun mas á nuestro propósito, reprende á los mismos escribas y fariseos, diciendo: *Væ vobis Scribæ, et Pharisei hypocrite, qui decimatis mentam, et anethum, et cuminum, et reliquistis quæ graviora sunt legis, iudicium, et misericordiam, et fidem!* Matth. xxiii, v. 23. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos

CAPÍTULO XV.

Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas, y cuán provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones.

De tal manera habemos de poner los ojos en las cosas mayores, que no dejemos las menores. Este aviso es contra algunos que dejan las mortificaciones pequeñas, y no hacen caso de ellas, por parecerles que son cosas menudas, y que no está en eso el aprovechamiento y perfeccion. Este es un engaño muy grande, y así nos avisa tambien de ello Cristo nuestro Redentor en aquella misma reprehension que dió á los escribas y fariseos; porque no les reprendió porque tenían cuidado de aquellas menudencias, sino porque dejaban las cosas graves de la ley. Antes añade luego que es menester tambien hacer estas cosas: *Hæc oportuit facere, illa non omittere*. Matth. xxiii. Conviene, dice, que se hagan las cosas pequeñas; pero no se han de dejar las mayores. Muchas veces tratamos cuánto importa el hacer caso de cosas pequeñas y menudas, y no nos descuidar en ellas: y á la verdad él es un punto de tanta importancia, que merece ser tratado muchas veces para que no se nos vaya entrando por ahí tanto mal, como suele entrar por esos resquicios. Pero ahora solamente diremos lo que hace á nues-

hipócritas, que tenéis mucho cuidado que no se quede por diezmar la yerba buena, el anís y cominos, y dejais las cosas mas graves de la ley, y no tenéis cuenta con ellas! Esto es al pié de la letra lo que ahora vamos diciendo, que hay algunos que tienen mucho cuidado de mortificarse en cosas de poco momento y que no les cuesta nada; pero en lo que duele, en cosa que llegue á lo vivo, no hay tocar. Pues eso ha de ser lo principal que habemos de mortificar, aquella passion, ó aquel vicio, ó inclinacion ó costumbre mala que mas reina en nosotros, y nos lleva mas tras sí, nos pone en mayores peligros, y nos hace caer en mayores faltas. Por experiencia vemos que cada uno comunmente suele sentir en sí una, ó dos ó tres cosas, que son las que principalmente le hacen la guerra, y le impiden su aprovechamiento, y son causa de todo su desmedro. Pues eso decimos que es en lo que principalmente ha de poner cada uno los ojos para quitarlo y desarraigarlo de sí con la mortificacion; y por esto tambien solemos encargar que de esto principalmente se haga el exámen particular, y que en esto se insista principalmente en la oracion, porque esa es la principal necesidad de cada uno.